



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

EL ESPÍRITU SANTO

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=uEqsGL7FGE>

Bien, dentro de este triduo de charlas cuaresmales, creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en el Espíritu Santo. Hablamos de esa tercera persona de la santísima trinidad, del Espíritu Santo, la cual especialmente conocemos por sus efectos. Le conocemos al Espíritu Santo, no le conocemos como al Hijo a través de su encarnación, a través de su humanidad, del verbo de la segunda persona. Podemos decir que le hemos visto, que le hemos tocado, que le hemos palpado; del Espíritu Santo podemos decirlo en otro sentido distinto. Por sus efectos le conocemos, por sus efectos. Porque si somos divinizados, si nos movemos no por el influjo de la carne, sino por si somos movidos por el espíritu, obviamente es que, como decía San Gregorio de Nisa, decía él: "si somos divinizados por el espíritu, ¿cómo él no va a ser Dios?". La prueba de que el Espíritu Santo es persona divina es que es capaz de divinizarnos. Y de esto quisiera yo hablaros. Quisiera hablar del Espíritu Santo desde el punto de vista de sus acciones.

De sus acciones. En la teología espiritual se ha hablado de los dones del Espíritu Santo como una clasificación de lo que son las acciones principales con las que él actúa, está actuando de continuo entre nosotros. Quizás para ser conscientes de hasta qué punto santo, hasta qué punto, perdón, el Espíritu Santo está actuando, igual también debiéramos de partir de la percepción de qué es lo que ocurre cuando el Espíritu Santo no actúa. Es una manera, un primer punto de aproximación. ¿Qué ocurre cuando el Espíritu Santo no actúa, no nos inspira? Y voy a partir de una oración, bueno, de una declaración que fue hecha por la, el Consejo Ecuménico de las Iglesias en julio de 1968. Aquel consejo ecuménico, en aquel contexto, en aquellos años del postconcilio, hizo la siguiente descripción de qué sería de nosotros sin el Espíritu Santo. Dice así:

"Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos. Cristo se queda en el pasado. El evangelio es letra muerta. La iglesia es una mera organización. La autoridad es una dominación. El apostolado es una propaganda. El culto es una mera evocación. Sin el Espíritu Santo, el comportamiento cristiano es una moral de esclavo. Pero con él, con el Espíritu Santo, el cosmos es elevado y gime en el alumbramiento del reino. Cristo resucitado se hace presente. El evangelio es capacidad de vida. La iglesia significa la comunión trinitaria. La autoridad, la jerarquía es un servicio liberador. La misión es un nuevo Pentecostés. La liturgia es un memorial y es una anticipación. Y el comportamiento humano, la ética, es una especie deificación, actuar movidos según Dios y por el Espíritu".

Como veis, es una apreciación de qué sería del mundo, qué sería de la iglesia sin el Espíritu Santo. Sería como un cuerpo sin alma, sería como una estructura fría,

una bella sin alma. Quizás externamente las cosas parecerían iguales, pero les faltaría la vida. Por eso creo que es importante que nos aproximemos a hablar del Espíritu Santo desde sus efectos, el efecto que él tiene en nuestra vida y en la vida de la iglesia.

Como os decía, la doctrina, la doctrina católica habló, ha hablado de los dones del Espíritu Santo. Está en el punto 1830 y 1831 del catecismo. Dice que la vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Y dice luego que son siete los dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Y dice también que los dones del Espíritu Santo están muy ligados a Jesucristo, que pertenecen en plenitud a Jesucristo. En realidad, los dones del Espíritu Santo los hemos visto en plena acción, en plenitud, los hemos visto únicamente en Jesucristo. Él los ha desplegado totalmente.

¿De dónde viene esta doctrina de los dones del Espíritu Santo? Del profeta Isaías, que en el capítulo 11 dice: "Saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría e inteligencia. Espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Dios". Luego, la edición de la vulgata hecha por San Jerónimo introdujo un séptimo don, el don de piedad, que si bien es cierto que era una cierta libertad por parte de San Jerónimo a la hora de traducir del hebreo, sin embargo, la tradición lo asumió y se ha hablado de los siete dones del Espíritu Santo. Lo más importante, como he dicho, es que caigamos en cuenta que los dones del Espíritu Santo, antes de ser dones para nosotros, que lo son, son dones de Jesucristo. Nosotros recibimos de la sobreabundancia de los dones que el Espíritu, con los que el Espíritu Santo movió a Jesucristo.

En cuanto a Dios, sabemos que el Espíritu Santo procede de Jesucristo, procede del Padre y del Hijo. Pero en cuanto hombre, en su humanidad, Cristo recibe todo del Espíritu Santo: su cuerpo, su alma, su sacerdocio, su realeza, su autoridad. Esto es importante para que entendamos bien ciertas expresiones y que no se entiendan en un sentido adopcionista. El Espíritu Santo habita en él y le da plenitud. Cuando se dicen esas expresiones se refiere, hay que entenderlo en cuanto hombre. Jesucristo en cuanto hombre es habitado por el Espíritu Santo que le da la plenitud. En cuanto Dios, sin embargo, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Pero en cuanto hombre, la humanidad de Jesucristo está plenamente asistida por el Espíritu Santo, procede de él, es movida por él, por el Espíritu Santo. Bien, por eso la doctrina sobre el Espíritu Santo está muy unida a la cristología. Para ver qué quiere hacer el Espíritu Santo en nosotros, tenemos que asomarnos a ver qué es lo que hizo en Jesucristo, en la humanidad de Jesucristo, y ahí tomamos el ejemplo de lo que quiere hacer en cada uno de nosotros.

Se ha puesto tradicionalmente también una imagen para que entendamos que los dones del Espíritu Santo, que están ligados a lo que se llama la mística, son totalmente necesarios en la vida espiritual. A veces nos pensamos que eso de los místicos, que eso de la mística es una cosa pues que está reservada para algunas personas con una vocación muy particular, pero es que todos participamos de esos dones del Espíritu Santo. Nuestra vida de santidad sería inalcanzable sin ellos. En el fondo, una barca, una barca tiene dos formas de moverse. Una es con el, a fuerza de remar, a golpe de remo; pero remando únicamente no somos capaces de llegar hasta el puerto deseado, porque la singladura es larga y solamente con nuestro esfuerzo, con ese con ese remar que es imagen de las virtudes... Si el hombre únicamente vive su vida espiritual con el ejercicio de las virtudes, pues no puede alcanzar la santidad. La santidad requiere que

al ejercicio de las virtudes se unan los dones del Espíritu Santo, que es, pues, por continuar con el ejemplo, es como si la barca se moviese, no ya a fuerza de golpe de remo, sino es como si el viento soplasen y como si las velas de ese velero se despliegan y se mueve con mucha mayor facilidad. Claro, hay una bonita diferencia, como se dice, bonita diferencia de navegar solamente a fuerza de remo o con el con el impulso del viento que mueve al, que mueve al velero.

Y así vemos que nuestra propia vida espiritual a veces, sin ser conscientes, estamos recibiendo los dones del Espíritu Santo, sin ser conscientes de ello, porque el Señor es así de humilde, que actúa y no deja tarjeta de visita. Actúa de una manera en la que nosotros hasta igual podemos sernos desagradecidos de no percibir su acción en nosotros. Y cuando conocemos a personas que tienen una lucha muy grande dentro de ellas para llegar a creer —que me imagino que todos conoceremos algunas—, que viven una lucha interior entre la creencia y la increencia, y vemos pues quizás que el Señor nos ha dado, a alguno entre nosotros nos ha dado pues una connaturalidad para la fe, que tenemos una adhesión a la fe muy sencilla, muy espontánea, que contrasta con la lucha que tienen algunos hermanos para poder llegar a creer... ¿Acaso no nos damos cuenta de que estamos teniendo el don del Espíritu Santo que nos da el entendimiento de manera que lo sobrenatural lo vivimos de forma natural? Es que igual nos hemos acostumbrado a que lo sobrenatural sea natural, y eso es un don del Espíritu Santo.

O por ejemplo, ¿no?, a veces cuando el Señor en momentos determinados de nuestra vida pues nos da un don especial en la oración, de manera que esta, en vez de ser costosa, en vez de ser laboriosa, sacrificada, etcétera, hay momentos en nuestra vida en los que la oración pues se convierte en una especie de experiencia interior de la presencia de Dios, que nosotros casi no tenemos que hacer nada, sino casi no estorbar y dejarle al espíritu que nos mueva, ¿no? es obvio que estamos siendo movidos por el Espíritu Santo. Y por ejemplo, cuando lo dice el propio el Señor, cuando a veces estamos en situaciones complicadas y tenemos que dar un testimonio público y vemos que hemos sido asistidos y dice uno: "pues no sé cómo, pero el Señor me ha puesto en los labios las palabras adecuadas". Entonces vemos que se cumplen las palabras del Señor: "Y no os preocupéis de cómo os defenderéis, porque el Espíritu Santo pondrá en tus labios lo que tienes que decir", y estamos siendo asistidos por el Espíritu. Y podríamos poner muchos ejemplos más, por ejemplo, la prontitud para poder perdonar. Hay personas que pueden vivir una auténtico calvario luchando con sus rencores, con sus rencores y con sus recuerdos del pasado, y a veces el Espíritu Santo da una facilidad para el perdón, unos sentimientos de misericordia hacia las personas que nos han ofendido, que es un es un milagro, es un don sobrenatural. Quiero decir que sin duda los dones del Espíritu Santo, aunque los veamos como algo muy lejano, están actuando en nosotros más de lo que suponemos, mucho más de lo que suponemos.

La teología clásica dijo que los dones del Espíritu Santo son hábitos sobrenaturales infundidos por Dios, por el Espíritu Santo, para que podamos recibir con prontitud y facilidad las inspiraciones de Dios, las inspiraciones del Espíritu Santo. Si os fijáis en el evangelio, no voy a decir que continuamente, pero de vez en cuando aparece la expresión de que Jesús fue llevado al desierto por el espíritu. Jesús fue movido por el espíritu y dijo esta oración. En determinados pasajes se hace referencia a que la humanidad de Jesucristo es movida por el espíritu. Y Jesús, movido por el Espíritu Santo, elevó sus ojos al cielo y dijo: "Padre, te doy gracias porque estas cosas se las

has ocultado a los que se las dan de sabios, de entendidos". Pero fijaros que dice al principio: "movido por el Espíritu Santo". Se trata, pues, de que tengamos docilidad para poder ser movidos por las acciones del Espíritu Santo. Esa docilidad es muy importante. Si no, a veces ¿qué es lo que ocurre? Pues vamos a decirlo con crudeza, ¿no?, con un poco de humor: que a veces solemos confundir las inspiraciones del Espíritu Santo con nuestras ocurrencias o con nuestros prontos. No es lo mismo un pronto personal, una ocurrencia personal que una inspiración del Espíritu Santo. Y saber distinguir una cosa de la otra, obviamente pues supone que tengamos una vida espiritual seria.

Lo cierto es que en la vida del cristiano las virtudes, el ejercicio de las virtudes en las que entra en juego de una manera mucho más directa la voluntad, las virtudes y los dones del Espíritu Santo suelen estar mezclados y ambos actúan conjuntamente desde el principio. Desde el principio. Pero es cierto que según va avanzando la vida espiritual, en la cumbre de la vida espiritual los dones del Espíritu Santo suelen actuar de una manera pues mucho más plena, porque uno, digamos, se ha curtido, las virtudes han preparado el terreno para que después los dones del Espíritu Santo rematen, culminen, lleven a su plenitud, pues, la tarea de la santificación en cada uno de nosotros. Pero lo que sí que podemos decir es que las virtudes no pueden llegar a su plenitud sin esa, sin ese, sin esa misericordia de Dios que actúa directamente en nosotros por los llamados dones del Espíritu Santo.

Y bien, aunque sea de una manera sencilla, pues yo voy a describirlos. Os voy a describir los siete dones dando algunas pinceladas, algunas características de cada uno de los siete de los siete dones del Espíritu Santo. De los siete dones del Espíritu Santo, hay cuatro de ellos que inciden más o más directamente en la razón, en el entendimiento, y otros tres que inciden más directamente en la voluntad. Estos que inciden en la razón son el don de inteligencia, el don de sabiduría, el don de ciencia y el don de consejo.

El primero de ellos es el don de inteligencia, que está muy ligado a la fe. Digamos que la fe es a la virtud lo que el entendimiento es al don. Y por lo tanto, el don de entendimiento es una capacidad de ser iluminado, iluminado por el por el espíritu para comprender profundamente el significado de las Escrituras. Es lo que San Ignacio de Loyola dice en los ejercicios espirituales: conocimiento interno del amor de Cristo. Eso es el don de entendimiento. Conocimiento interno. Es recibir la luz para comprender el significado de las Escrituras. Santa Teresa de Jesús decía que siempre que se acercaba a leer un texto de la escritura, cada vez que lo hacía, aunque fuese ya muy conocido para ella, era capaz de ver algo nuevo, algo si novedoso, por lo menos impactante para ella; descubrirle un sentido más profundo que el que le habías descubierto la vez anterior. Eso decía Santa Teresa, que desde luego no había estudiado ni escritura ni teología y no sabía latín. Siendo así que Santa Teresa siempre escuchó durante toda su vida la misa en latín y no lo entendía, y es impresionante que el don de entendimiento le permitiese conocer profundamente el sentido de la Sagrada Escritura. Es por lo tanto, el don que nos permite adentrarnos en los misterios y no quedarnos en la superficialidad de la fe. Es una luz interior, de manera que la fe, como he dicho antes, puede llegar a ser percibida como connatural. Es la capacidad de sobrenaturalizar todo lo natural de la vida y al revés, vivir naturalmente lo sobrenatural, que si os fijáis muchas personas en nuestro entorno hemos visto que han hecho eso. De todas las realidades naturales entienden que en todas ellas está Dios presente. "Dios está presente en los pucheros", como decía Santa Teresa. Eso es el don de

entendimiento. Dios está presente en los pucheros. Todo lo natural es sobrenatural. Y al revés, lo sobrenatural lo vivimos tan cercano que nos resulta natural. Ese es el don de entendimiento.

El segundo don es el don de sabiduría. El don de sabiduría, que nos, que está ligado al anterior. Ciertamente no pretendo yo hacer una línea divisoria entre los dones como si fuese una línea de carta hecha con el cartabón, porque están entrelazados entre ellos, ¿no? El don de sabiduría hace referencia a saborear internamente las cosas divinas. Es entender que las cosas de Dios no son abstractas, no son inalcanzables, no son complicadas, sino que son sencillas. Según avanzamos en la vida espiritual, al principio uno tiene sensación de que la vida espiritual es muy complicada y según va avanzando va entendiendo que todo es muy sencillo y en el fondo todo coincide y todo se simplifica. Alguien dijo que cuando Dios nos llama a la conversión, primero nos implica; al implicarnos nos complica, pero finalmente nos simplifica. Algo de esto es algo de esto podemos percibir en el don de sabiduría, que es como entender, saborear el misterio de la revelación, saborearlo y entenderlo que es sencillo. Es en el fondo una sola cosa: todo se reduce al amor. Alguien dijo también en otra expresión que creo que es muy certera, que la sabiduría es lo que queda en nosotros después de haber olvidado todo lo que aprendimos de memoria. Porque es verdad que en esta vida uno aprende muchas cosas que luego las olvida. Estuve haciendo ayer una visita a los alumnos del colegio de Larramendi y entré allí en la clase de matemáticas; y tenían la pizarra llena de ecuaciones. Madre mía, que yo en su tiempo pues las había estudiado, ¿no? Pero les hice el comentario que se reían los alumnos, le dije: "¿Cuántas cosas aprendemos para luego olvidar?". Pero sin embargo, la sabiduría es lo que queda en nosotros después de haber olvidado todo lo que aprendimos de memoria. Pero queda un poso, queda una sabiduría, queda una connaturalidad. El don de sabiduría nos permite sentir las cosas con criterio de eternidad. Conocer amando. Creo que el don de la sabiduría es complementario al del entendimiento, porque el don de la sabiduría especialmente conoce amando. No es un conocimiento reflexivo, es un conocimiento amoroso. Un conocimiento amoroso. San Agustín dijo aquello tan importante que es que no se puede conocer si no se ama. Nosotros decimos que para poder amar hay que conocer, sí, sí, pero también al revés: y para poder conocer hay que amar. Y el don de sabiduría es un conocimiento amoroso. Aquí también podríamos hablar de la sabiduría de la cruz. De la sabiduría de la cruz, que es un escándalo para el mundo, pero que es, sin embargo, para aquellos que creemos en Jesús, es la ciencia máxima. La ciencia máxima es la sabiduría de la cruz.

En tercer lugar, el tercer don es el don de ciencia, que nos permite juzgar rectamente de las cosas creadas. Entender el mundo en Dios. Entender fue San Francisco de Asís especialmente el que tuvo ese don, el don de ver a Dios en la naturaleza, el don de percibir sus huellas a nuestro alrededor, descubrir la belleza de Dios en la criatura, pero al mismo tiempo arrancarnos de la obsesión por lo creado; hacer de la creación un trampolín para llegar al creador sin quedarnos apegados en la creación. Que es así, a nosotros a veces nos ocurre que nos quedamos apegados y entonces el trampolín nos eleva. El don de ciencia es capaz de percibir el mundo como una maravilla y también como un poco de basura. Todo lo estimamos basura comparando con el conocimiento de Dios. Es como una sensación ambivalente, la admiración de que la creación, de que la ciencia, de que las leyes, las leyes de la física, de la química, de las matemáticas, la astronomía, son como ventanas y ventanas que se nos abren y que son como un reflejo de la grandeza de Dios, y al mismo tiempo entendemos que todo eso es nada. Es nada, ¿no?, comparando con Dios. El don de ciencia nos permite, nos permite tener no una

ciencia teórica, sino una ciencia práctica. Una ciencia práctica que nos acerca a Dios. El don de ciencia, por cierto, es aquel que hace que nuestro estado de vida, nuestra profesión sea un lugar de encuentro con Dios. El don de ciencia es aquel que hace que el trabajo nos resulte pues, lejos de ser algo mortificante, nos veamos plenamente vocacionados en nuestro trabajo, lo disfrutemos, lo gocemos, y en él veamos a Dios. Qué importante esto, ¿eh?, que nuestro trabajo sea un lugar, un escenario en el que no estemos diciendo: "A ver cuándo termino de trabajar porque estoy aquí pues poco menos que amargado y después del trabajo me encuentro con Dios". No, no. El propio trabajo es un escenario en el que en la transformación del mundo el don de ciencia nos permite el encuentro con Dios.

El cuarto don, el cuarto don es el don de consejo. Decía que estos cuatro primeros inciden especialmente en la razón, en el entendimiento. Don de consejo, que nos da la claridad para saber lo que Dios quiere de nosotros. También San Ignacio de Loyola pues en sus ejercicios espirituales habla tanto de las reglas de discernimiento, cómo conocer, cómo conocer la voluntad de Dios. Y ciertamente podemos conocer la voluntad de Dios con el ejercicio del discernimiento racional, pero también Dios da el don de el Espíritu Santo, que va más allá de lo que nuestro raciocinio es capaz de percibir. El don de consejo es pues como una prudencia sobrenatural, es como un sentido común sobrenatural. Seguro que conocemos muchas personas a las que nos solemos acercar porque sabemos que son personas que tienen buen tino, que si les pedimos un consejo suelen ser personas especialmente iluminadas para darnos un consejo. "Este es un hombre de Dios. Esta es una persona de Dios. Le voy a pedir consejo, me voy a acercar a ella sabiendo que su criterio pues está movido por Dios, puede estar movido por Dios porque lo percibo". Percibo en él una connaturalidad, una especie de prudencia sobrenatural. Eso es el don de consejo, por cierto, importantísimo y necesario en esta sociedad que se caracteriza por una desorientación olímpica, ¿no? Muy bien. Pues más bien por a veces más que peregrinos parecemos vagabundos. La diferencia de un peregrino a un vagabundo a veces por las pintas exteriores no se distingue mucho. En el fondo, la diferencia entre el peregrino y el vagabundo está en que el peregrino sabe a dónde va y el vagabundo pues no, va a donde le lleven. Y el don de consejo es importantísimo. Un detalle, y es que creo que muchos... es verdad que el don de consejo a veces está ligado al ministerio sacerdotal para el ejercicio del acompañamiento espiritual o de la dirección espiritual. No siempre: hay personas que han recibido el don de consejo para guiar a otras sin tener la vocación sacerdotal ni la vida religiosa, o sencillamente dentro de los dones bautismales. Pero hay un detalle, y es que creo que los que tenemos este cierto ejercicio del acompañamiento espiritual o del consejo en el sacerdocio, etcétera, creo que solemos tener la experiencia de que Dios nos da el don de consejo muchas veces para el prójimo, pero no tanto para uno mismo. Uno puede ser, suele ser instrumento de Dios para los otros, pero no es autosuficiente; él uno difícilmente se autoaconseja a sí mismo. Suele requerir de otro instrumento de Dios para que le aconsejen a él, porque Dios no ha querido hacernos autosuficientes. Dios ha querido que unos seamos instrumentos para los otros y que el que da consejo también él necesite recibirlo. Esto creo que es un buen signo de que el don de consejo actúa en nosotros: el que necesitemos recibirlo, eso es una garantía de que podamos darlo.

Seguimos adelante, y el siguiente don, ya los otros tres son el don de piedad, el don de fortaleza y el don de temor, que son tres consejos que inciden más en la voluntad, a diferencia de los tres anteriores que inciden más en el entendimiento. El don de piedad es definido como un respeto amoroso, una intimidad amorosa con nuestro Padre del

cielo, con Dios, que nos da como un saber hablar con intimidad con Dios. El don de piedad no únicamente hacia Dios, también hacia nuestra familia, hacia nuestros padres. El don de piedad es aquel que nos hace tener un sentido muy alto, ¿no?, de identificación con nuestra familia, el que nos permite sentirnos muy orgullosos de nuestra familia y recibir de ella muchos dones. A veces observamos que hay personas que viven una relación familiar pues tormentosa, con dificultades, ¿no? Y sin embargo hay otras personas que viven su familia como un lugar de revelación de Dios, como un lugar en el que Dios les está continuamente mostrando su rostro misericordioso. Y eso se debe no únicamente a que esa familia sea más santa que la otra, sino a que a que uno también tiene unas gafas mejor ajustadas, mejor graduadas, que es el don de piedad. El don de piedad hace que veamos las virtudes en los demás y que estemos abiertos a lo que Dios pueda mostrarnos de los ejemplos y testimonios de santidad de los santos que hemos vivido dentro de la familia. El don de piedad es aquel que llevado al terreno de la oración lleva a que algunas personas suelen decir, ¿no?, que cuando rezan el Padre Nuestro íntimamente no pasan nunca de la primera palabra: "Padre nuestro, Abba", y se quedan en esa palabra porque ya se emocionan, sus ojos se llenan de lágrimas ya con eso; con esa palabra, "padre", lo han dicho todo. Lo han dicho todo. Os decía en la charla que dimos antes de ayer que José Luis Martín Descalzo decía: "Saberte padre, saber, Dios mío, saber que tú eres padre es para mí el cielo". Eso es el don de piedad.

Un paso más, el don de fortaleza. El don de fortaleza, yo creo que quizás sea más fácil de entender que otros para nosotros. Cuántas veces hemos dicho: "Es que no sé de dónde he sacado fuerzas. Me quedo sorprendido de mí mismo. Tenía que afrontar pues el cuidado de un familiar; yo pues nunca me he visto en una situación como esta. Es más, soy una persona aprensiva, quizás soy de los que me mareo con una aguja, y llegado un momento determinado me quedo sorprendido de cómo he tenido fuerzas y arrestos pues para estar presente en momentos duros de acompañar a un enfermo o etcétera, etcétera, etcétera". A veces hemos tenido la experiencia interior de haber sido asistidos más allá de nuestras capacidades naturales. Es curioso esto, ¿eh? Es curioso el don de fortaleza. Recuerdo que... sabéis que hace pocas semanas falleció un sacerdote joven de nuestra diócesis, todavía de menos de 40 años, ¿no?, e Iñaki. Y sus padres me decían que se habían quedado muy sorprendidos viendo... había tenido un cáncer de pulmón y él era muy nervioso, muy nervioso y aprensivo. Y sus padres me decían que se habían quedado impresionados de cómo la etapa final de su enfermedad había recibido como un don de fortaleza muy grande, de estar tranquilo, de superar totalmente el ser aprensivo, de vivir ese momento con señorío, con señorío, con entereza. Habían ellos percibido de dónde le ha venido esa fortaleza. El don de fortaleza se suele caracterizar más por nuestra capacidad de aguante que por nuestra capacidad de ataque. Si alguien identifica el don de fortaleza con la capacidad de atacar mucho y luego resulta que no aguanta nada, no tiene encaje, eso no es don de fortaleza. El don de fortaleza es aquel, traducido un poco a términos boseísticos, aquel que tiene capacidad de encaje y desde luego no cae a la lona por muchas por muchos golpes que reciba; no es tanto saber dar, sino saber encajar. Ese es el don de fortaleza que nos permite tener una gran paciencia, una gran paciencia y ser valientes ante el mundo y no asustarse. Hay un texto, ¿no?, de Isaías que dice: "No les tengas miedo, que si no yo te meteré miedo de ellos". Es un texto curioso. Dice Yahvé al profeta... que les va a enviar a un ambiente hostil a predicar y va a tener un ambiente muy hostil, ¿no? Entonces Yahvé le dice al profeta: "Vete y diles esto y no les tengas miedo, que si no yo te meteré miedo de ellos". Es decir, que es que el miedo, el miedo es una tentación. El miedo no es... a veces nos pensamos que el miedo sencillamente es una

debilidad psicológica; no, es una tentación. El que teme sufrir, sufre de temor. Y el temor es verdaderamente un ataque del maligno en nuestra vida al que tenemos que hacerle frente. Y además pasa una cosa: que si a la tentación del miedo se le hace frente, esta echa, da un pie atrás. Pero si uno, si uno le cede al miedo, el miedo gana terreno. Por eso el don, el don de fortaleza, que lo experimentamos en nuestra vida, tiene que ser invocado: "Señor, sé mi roca, mi alcázar, un baluarte donde me salve".

Y por último, el último de los dones es el don de temor. El don de temor de Dios. Es curioso que se diga el don de temor de Dios. No dice el don de temor a Dios; no, no dice temor a, sino temor de, temor de Dios. Temor de apartarnos de él, temor de qué es de mí sin él. Y este don de temor nos permite librarnos de timideces, de complejos, de respetos humanos, de los miedos paralizadores. ¿Por qué? Porque tenemos únicamente temor de Dios. A mí me importa lo que Dios piense de mí y no lo que piensen los demás. Y quien tiene temor de Dios empieza a ser libre de los demás. Su público es Dios y no se siente condicionado por los demás. Librarnos de timideces, de complejos, porque vivimos en presencia de Dios y nos importa él. El don de temor es un don que nos da el sentido de la trascendencia, de la grandeza de Dios desde nuestra pequeñez. El don de temor de Dios es la convicción de que lo importante en nuestra vida es huir de lo que desagrada a Dios y buscar aquello que le complace, y esto es la fuente perenne de nuestra alegría. Y por eso los salmos dicen: "Dichosos los que temen al Señor". A eso se refiere. Es decir, dichosos aquellos que huyen de lo que ofende a Dios y dichosos aquellos que buscan aquello que da gloria a Dios. El temor de Dios pues es el sentido de la trascendencia, de manera que él sea el norte de nuestra vida y que no tengamos falsas referencias ni falsos ídolos.

Pues bien, queridos hermanos, estos siete dones tenemos que pedirlos. Como he dicho, son, los vemos en acción en la humanidad de Jesucristo. Son los que han movido la humanidad de Jesucristo, los que la han configurado, han sido el motor de Jesucristo. La humanidad de Jesucristo ha tenido como motor al Espíritu Santo. Y creo que de esta manera lo que nos corresponde en esta víspera, en estas vísperas de la Semana Santa, es concluir invocando, invocando al Espíritu Santo con esta secuencia de Pentecostés. Vamos a rezarla todos juntos y aquellos que la sepáis podéis rezarla conmigo:

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndido, luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro. Mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo. Doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito. Salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

Amén.

